

Nelson J Chacón*

El intelectual y las ciencias: Ignacio Espinosa y el positivismo**

Abstract

The purpose of this article is to expose the work of Ignacio Espinosa, an intellectual liberal of the nineteenth century, understood from three specific ways: its relationship with the intellectual group that determines it, the positivism that promulgates, and the form that builds its works, bound to some local mechanisms that facilitate construction of knowledge. We will analyze the content of its more recognized works as positivists, without separating from this exercise, the way that these are product of a tradition and of some social factors that generate the credibility and the authorization to make statements and to speak on behalf of the science.

Resumen

El objetivo de este artículo es exponer el trabajo de Ignacio Espinosa, intelectual liberal del siglo XIX, entendido desde tres variables específicas: su relación con el grupo intelectual que lo determina, el positivismo que promulga, y la forma en que construye sus obras, ligado a unos mecanismos locales que posibilitan construcción de conocimiento. Analizaremos el contenido de sus obras más reconocidas como positivistas, sin separar de este ejercicio la forma en que éstas son producto de una tradición y de unos factores sociales que generan la credibilidad y la autorización para hacer afirmaciones y hablar en nombre de la ciencia.

Key words

Intellectuals, Ignacio Espinosa, Positivism, Knowledge, Science.

Palabras clave

Intelectuales, Ignacio Espinosa, positivismo, saberes, ciencia.

I. Un escrito póstumo

En 1903 aparece en el diario liberal *El Estudio* un apartado dedicado a la memoria del abogado Ignacio V. Espinosa, uno de los intelectuales más renombrados de la última generación de liberales del siglo XIX. Su muerte había tenido lugar en Bogotá, el 24 de agosto del mismo año, y fue labor de un compañero suyo de estudios, Ambrosio Robayo, redactar el texto al que haremos referencia.

Este “homenaje póstumo” de tan sólo dos páginas es lo más cercano a una biografía de Ignacio Espinosa;

nos habla de algunos aspectos de su vida, ubica su pensamiento dentro de un perfil particular y, asimismo, nos ayuda a comprender el ideario de un grupo de intelectuales decimonónicos ubicados dentro del “ala liberal” que hablaban en nombre de la ciencia y el conocimiento, grupo al cual Espinosa perteneció. Sobre él, su compañero Robayo dice:

“A la explosión, a la vez de dolor y amor, que la muerte de Ignacio V. Espinosa ha producido en este centro social, unimos las voces de nuestra pena, que rompe hoy su silencio en oblación a su memoria, memoria que preservan del olvido dos

* Historiador, Universidad Javeriana. Estudiante de Maestría de Historia en La Universidad de los Andes. Miembro del Grupo de Investigación de la Universidad Javeriana “Saberes, poderes y culturas en el siglo XIX”. Correo electrónico: n-chacon@uniandes.edu.co

** El presente artículo es resultado de la investigación “Ignacio Espinosa y la introducción del positivismo en Colombia”, parte del proyecto “Los métodos positivistas en Colombia, siglo XIX”, financiado por la Vicerrectoría, Pontificia Universidad Javeriana.

deidades que ahora y siempre velarán al pie de su sarcófago. La gratitud a su obra y la veneración a su nombre”¹.

Detrás del personaje homenajeado ya existe una obra, a la que el mismo Robayo hará referencia más adelante, y un legado que le permitirá no ser olvidado. Su trabajo como intelectual hace parte del de una generación de hombres que logran aportes a la ciencia y al conocimiento en una coyuntura histórica particular, que al momento del escrito, empieza ya a diluirse, a terminarse. Las manifestaciones de nostalgia por la otrora época liberal se hacen evidentes:

“Fue Ignacio Espinosa una de las cabezas salientes en las generaciones que se formaron durante la hegemonía liberal-1861-1884- hegemonía en que no hubo proscripción sino para la regresión y el dolo, pero que se vio alevemente obstruida en su obra de liberación y en sus prospectos de grandeza futura, por una reacción siniestra, evocadora de tanta ruina, tiniebla y vergüenza, que muchos ciclos pasarán, además del oscuro y angustioso en que vivimos, sin que se hayan borrado huellas funestas que señalan su paso...”².

La ciencia y el conocimiento que eran patrimonio del señor Espinosa se avalan como posibles cuando sus desarrollos van de la mano con un escenario político y un grupo intelectual que lo soporte. El desarrollo de una idea de nación en perspectiva liberal-laica era el fundamento de un grupo como élite liberal³; ellos concebían un plan total que en gran medida fue diezmado por sus fracasos de la década de los ochenta del siglo XIX, pero que había marcado un rumbo con iniciativas políticas, publicaciones, ensayos entre otros y que había construido un pensamiento local, basado en la idea de ciencia y progreso. A este tipo de estrategia político-intelectual se deben a su vez, la formación de los intelectuales y los cimientos de sus ideas.

Espinosa se había distinguido entre la comitiva académica por ser profesor en las universidades liberales en el momento más definitivo para la era radical. Era un difusor de las ideas de un grupo político en acción, pero era también un “producto” de esa ideología. Su labor tenía un valor inmenso, mucho más

allá de una simple actividad en el profesorado; había llevado a cabo una labor de patria y de ciencia hasta el momento de su muerte. Prácticamente nació para una misión “moralizante” de la educación y proyectó una “ración de luz” y de “libertad” que se había desvanecido en la patria hacía ya tiempo, por causa de un nuevo “régimen nefasto”. Su “biógrafo” y amigo Robayo, reseña su actividad en las aulas como cargada de vocación “desinteresada” y como un acto de fe en el conocimiento:

“Con la fe, pues, con la decisión de un sacerdocio, siguió Espinosa esta inclinación de su espíritu. Sus biógrafos han recordado sus conferencias en la escuela nocturna para obreros en 1880; sus faenas de institutor luego en las escuelas normales, antes de principiar sus estudios profesionales, con lo que queda dicho que, siendo casi un niño, empezó su magisterio docente. Elevose después en éste hasta ocupar, en institutos liberales, altas asignaturas científicas, y esto es expresar que con ello se afilió entre los beneméritos de nuestro avance intelectual, cima a donde envía la póstuma glorificación sus resplandores más vívidos, porque se sustenta en el campo donde mejor ejerce el deber su misión dignificadora. Quien sirve a la instrucción popular lleva un rayo de luz al alma de los desheredados, y ese rayo es precursor de otro de libertad que, con base tan fecunda, no se hace esperar demasiado”⁴.

La labor académica de Espinosa no sólo se remitía a la enseñanza y el profesorado; Robayo lo proclama como un conocedor de las últimas teorías científicas y filosóficas y lo presenta como un cultivador de la filosofía positivista, concretamente de Herbert Spencer y otros:

“Agreguemos que fueron, además del profesorado, múltiples las faenas en que se ejerció la mentalidad del Dr. Espinosa. En 1883 dirigió El estudio, periódico hebdomadario, con otros alumnos del colegio El Rosario. Su tesis de doctorado en jurisprudencia, El divorcio (1888) mereció los calurosos aplausos de sus catedráticos; perdurará su huella como publicista y cultivador de la escuela filosófica moderna en su obra *Las bases positivas del liberalismo* y en su filosofía positi-

- 1 Robayo, Ambrosio. “Ignacio Espinosa”, en: *El Liberal Ilustrado*, Bogotá, vol. 4, nº 1392-19 (junio 12-1915) págs. 291-293.
- 2 Robayo. “Ignacio Espinosa”, págs. 291-293. Robayo se está refiriendo, cuando habla de la “reacción siniestra” a la nueva hegemonía política que desde 1885 hasta 1930 gobernó Colombia: la hegemonía conservadora representada en el proyecto político denominado “La regeneración”. “Los más destacados historiadores colombianos coinciden en afirmar que las políticas económicas y los replanteamientos constitucionales e ideológicos emprendidos después de 1880, ponen fin al periodo radical. Palacios, Marco. “El café en Colombia; una historia económica, social y política, 1850-1970”, Bogotá, El Ancora (eds./El Colegio de México, 1983, pág. 236. Fundar el orden. La consigna (de la regeneración) exige de entrada dos empresas prioritarias. La instauración del centralismo político y la rehabilitación de la Iglesia como principal actor social”. Martínez, Frederic. *El nacionalismo cosmopolita; la referencia europea en la construcción nacional de Colombia*, Bogota, Banco de la República/IFEA, 2002. págs. 432-433.
- 3 Como José María Samper, Salvador Camacho Roldán, Enrique Cortés, Carlos Michelsen, Nicolás Pinzón, entre otros.
- 4 Robayo. “Ignacio Espinosa...”, pág. 292.

II. Lugares comunes y escenarios del saber

va, resumen y metodización de los *Primeros principios* de Herbert Spencer, el gran pensador del siglo XIX y en su estudio general sobre el positivismo. Debemos agregar, a esta enumeración de sus obras, la redacción del periódico político *El demócrata* en 1891, su folleto de crítica literaria y su trabajo de *Ética*, que, según entendemos, deja entre sus trabajos inéditos. Publicó también un panfleto denominado *El fetiquismo* y colaboró en varios periódicos políticos⁵.

Es aquí donde podemos entenderlo como un intelectual, es decir, a partir de su producción. Espinosa es un vocero de la ciencia, que está autorizado para hablar, que detenta una producción de libros y que pertenece a un grupo ideológico que lo respalda. Habla para muchos y desde un lugar definido. Definimos a Espinosa como un intelectual, es decir, como un sujeto que se encargó en Colombia de construir y difundir un tipo de saber específico. Es un producto de su época histórica y de su posición en la coyuntura social donde se desempeñó como configurador de ideas (siguiendo la opinión de Bobbio)⁶; por tanto, la coyuntura particular del siglo XIX colombiano debió necesariamente definir su labor hacia ciertos sentidos.

Pero aquellos intelectuales del siglo XIX no se dedicaban exclusivamente a la producción de ideas, como si habláramos de una secta, o un grupo de gente libre dedicada a las ideas; el caso de Espinosa, su relación con la política, era clara: fue un liberal que desde sus escritos promovía la educación laica y el sentido moderno de la industrialización y que tenía como profesión ser abogado de las clases pudientes bogotanas; era un difusor de valores particulares y un personaje con cierto acceso y capacidad para publicar sus libros, algo que en el siglo XIX en Colombia significaba estar ligado a un núcleo de poder. Si lo llamamos intelectual es por definirlo en una denominación teórica que encierre su labor de las ideas.

Al establecer el criterio teórico de “intelectual” y tratando de mostrar la relación de su labor a una ideología liberal, podemos entender con más precisión el verdadero significado de un personaje como estos en el siglo XIX, así como ver su trabajo positivista como el resultado de una serie de elementos que juegan juntos. Vamos a explorar algunos de éstos.

Ernst Röthlisberger, profesor de historia y filosofía, ofrece un testimonio sobre lo que era la dinámica de la vida intelectual universitaria para esta época posradical:

“la formación universitaria propiamente dicha se adquiría en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en la Universidad Nacional y en la Universidad Católica. La concesión de diplomas era enteramente libre, alguna escuela privada podía expedir, por ejemplo, el título de doctor en jurisprudencia⁷.”

“El año escolar duraba desde febrero hasta principios de diciembre, con una interrupción de algunos días en semana santa, luego catorce días a continuación de la fecha de la independencia (20 de Julio) y algunas festividades religiosas (...) en noviembre tenían lugar los exámenes, que durante tres semanas proporcionaban a los profesores un agotador trabajo de varias horas al día. Todo estudiante era examinado de cada materia separadamente; la prueba, oral, duraba por lo menos veinte minutos y estaba a cargo de un jurado de tres examinadores (...) digna de mención es también la biblioteca, vinculada a la escuela de literatura y filosofía. Esta biblioteca fue formada en algunos años por el rector (más tarde con mi modesta ayuda), a base de créditos del gobierno —algunos miles de francos al año— y de los ingresos habituales de la universidad. Era una biblioteca curiosa por su concentración y selecto contenido. En unos mil quinientos volúmenes, reunían las mejores obras modernas en literatura, historia, filosofía, economía, política, jurisprudencia, y ello en las lenguas principales, además de los diccionarios y enciclopedias de imprescindible utilización. Completaban el contingente una docena de revistas europeas, principalmente francesas e inglesas (...) así funcionaba la universidad. Víctimas, más tarde, de la reacción que siguió a la revolución de 1885, fue “reorganizada” dentro de un espíritu muy diferente⁸.”

5 Robayo. “Ignacio Espinosa...”, pág. 292.

6 Véase: Bobbio, Norberto. *La duda y la elección*, Barcelona, Paidós, 1997, caps. 1 y 2.

7 Como es el caso de Espinosa, graduado en esta rama por el Externado en 1887.

8 Róthlisberger, Ernst. *El dorado*, Bogotá, Biblioteca V Centenario, 1988, págs. 178-180.

En la nueva época de control político por parte de los “regeneradores” las instituciones de corte liberal, por causa del influjo educacional católico, tuvieron que atrincherarse y redefinirse, o bien bajo nuevas instituciones académicas, o bien aceptando la corriente católica en la educación. La Universidad Nacional de Colombia —refundada en el año de 1867, con las facultades de Jurisprudencia, Medicina, Filosofía y Letras, a las cuales se agregaron la escuela de Ciencias Naturales, la de Ingeniería y la de Artes y oficios—⁹, había dejado de ser el centro gravitatorio del saber universitario más o menos para finales de la década de los ochenta del siglo XIX. La ideología liberal representada en los radicales y muy a pesar de su debilitamiento, había decidido abrirse un espacio propio en la educación. La fundación de universidades desde 1880 —como la Republicana y el Externado— fue una de esas primeras estrategias para conservar sus formas disciplinarias y su ideología liberal en la educación. Ignacio Espinosa es uno de los primeros profesionales de esas universidades “disidentes”, graduándose en 1887 de la Universidad Externado¹⁰.

La época en que Ignacio Espinosa y otros de sus compañeros surgieron como profesionales en distintas ramas, fue una etapa definitiva y de cambio histórico en el escenario político nacional pues, después de muchos intentos liberales por construir la nación —un periodo casi ininterrumpido de más de treinta años de hegemonía liberal, con todas las acciones y efectos sociopolíticos que esto significa— el fracaso consecutivo en el intento de aplicación de los esquemas y modelos liberales tuvo por fin su consecuencia más extrema: el cambio en la dirección e idea —un cambio entendido como de ideología y proyecto— de la construcción del proyecto nacional. Este último, después de 1885, fue patrimonio de los regeneradores.

Un académico liberal como Espinosa, que vivió la gloria de las reformas radicales —en su época de mayor auge, desde 1860 hasta las reformas de 1870—¹¹ tuvo que desarrollar parte de su trabajo intelectual —como uno de sus libros más representativos, *El po-*

sitivismo, del año 1891— a pesar de los nuevos decretos y reformas acaecidos desde el primer gobierno de Núñez en 1880, que al parecer, no colindaban con sus ideas y sus pensamientos. Lógicamente, estas normas provocarían la creación de la Universidades liberales, que ya hemos mencionado, de las cuales nuestro personaje fue alumno y profesor.

Hasta 1870 la tolerancia en la Universidad Nacional permitía la circulación de textos y de ideas en una forma más o menos tolerante; recordemos que desde 1867 en la Nacional y en el Colegio del Rosario enseñaban liberales y conservadores, radicales y tradicionalistas. La consolidación de la disciplina de enseñanza permitía eso. La difusión de las tendencias más actuales del conocimiento aún eran soportadas y la idea de la educación pública y laica no era hasta el momento un punto que, si bien no era totalmente compartido, dividiera sin solución, claro está, hasta el momento más crítico de las reformas. Fue en ese espíritu de “tolerancia” en donde las ideas positivistas, concretamente las de la evolución de la sociedad y de la nueva ciencia de la sociología tuvieron más acogida.

Concretamente hablando de positivismo, indicar que los intelectuales colombianos fueron más “spencerianos” que “comteanos” no es gratuito. Podría decirse que surge tal afirmación por causa de la cantidad de intelectuales que adoptan algunas de las obras del inglés como el método idóneo para entender la sociedad y para explicar el sentido del progreso. Parecería que Spencer reuniría al intelectual liberal de la segunda mitad del siglo XIX bajo una estela común, como de “comunidad”. Pero no se hablaba solamente de Spencer, porque ese “positivismo”, o esas ideas que circulaban en el siglo XIX no se nutren únicamente de su ayuda. Sin embargo, es notoria la adopción del ala más liberal a sus teorías, que aunque resultaban problemáticas en algunos aspectos, sí recogían la esencia de los anhelos de los liberales latinoamericanos.

Y es que podemos afirmar que hacia mitades de la década de los setenta del siglo XIX, los temas de la evolución, el progreso del hombre, la biología y el

9 Véase: *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, vol. 1, n° 1, 1867, concretamente la ley del 22 de septiembre (en adelante citado como ANALUN), Jaramillo Uribe, Jaime. “El proceso de la educación en la república, 1830-1886”, en: *Nueva historia de Colombia*, t. 2: República siglo XIX, Bogotá, Planeta, 1989, pág. 239.

10 No tenemos conocimiento de los planes de estudio de la Universidad Externado para la época en que Espinosa se graduó en Jurisprudencia, puesto que los archivos de la Universidad se perdieron.

11 “El movimiento de 1860, de contenido federalista y liberal, culminó en 1863 con la asamblea constituyente reunida en la ciudad de Rionegro, en el estado de Antioquia. Su lema fue federación y libertad. El país tomó entonces el nombre de Estados Unidos de Colombia (...) no obstante las vicisitudes de la política y la economía, el país tuvo en las décadas del 60 (*sic*) al 80 (*sic*) una de sus más brillantes épocas intelectuales. La universidad, que había desaparecido prácticamente como resultado de la política ultraliberal del decenio anterior, se abrió de nuevo en 1867”. Jaramillo Uribe, Jaime. “Etapas y sentido de la historia de Colombia”, en Melo, Jorge Orlando (comp). *Colombia hoy*, Bogotá, Biblioteca familiar Presidencia de la República, 1999, págs. 28-29.

“spencerianismo”¹² se volvieron preponderantes para los profesores e intelectuales liberales. Era lo que se discutía en el centro intelectual mayor —Europa— y para ser claros, era lo que marcaba la mayor diferencia en cuanto al estilo y énfasis entre las oposiciones políticas nacionales. Un ejemplo nos lo da Enrique Cortés quien para la conferencia dada con motivo del cierre de actividades de la Universidad Nacional, dedicó su mayor atención a las últimas teorías de progreso, totalmente inclinado hacia las nuevas tendencias:

“...el reino animal presenta una sucesión tan continuada i una escala tan distinta de organizaciones cada vez más perfectas hasta llegar al hombre, que ha encontrado favor entre los sabios la atrevida teoría de Mr Darwin, por la cual el desarrollo i perfeccionamiento de los individuos son fenómenos pertenecientes también a la vida colectiva... según él la lei de la elección natural i de la concurrencia vital presiden a la formación”¹³.

Para después incluir a Spencer diciendo:

“...esta misma teoría del desarrollo progresivo acaba de producir en Inglaterra un nuevo sistema de filosofía moral i ética, llamado “la teoría de la evolución moral “cuyo atrevido expositor es Herbert Spencer”¹⁴.

Un círculo intelectual que leía y comentaba los textos de filosofía, ciencias, moral, sociología, evolucionismo, que intentaba darle sentido a la realidad nacional a partir de esas nuevas variables —como lo intentaron hacer Salvador Camacho Roldán y Rafael Núñez por ejemplo—, y que promueve la educación en este sentido, es lo que posibilita que existan personajes como Ignacio Espinosa, que se forma como abogado recibiendo cátedras de biología, resúmenes de las teorías evolutivas, y doctrinas positivistas; que crece escuchando de sus profesores las consignas y virtudes de las ciencias; y, que está destinado a difundir ese mismo saber porque esas ciencias constituyen la base de su formación y el credo a predicar. Es en este sentido como intelectualmente Espinosa

puede empezar a detentar un conocimiento y a hablar en nombre de la ciencia. Es desde esa herencia educativa como puede comenzar a escribir sobre positivismo y a ser estudiado y comprendido.

III. La formación de las alianzas

El prólogo escrito por un reconocido profesor de Biología y Psicología del Externado de Colombia llamado Juan David Herrera, maestro de Espinosa, “Apóstol convencido y militante de la filosofía spenceriana”¹⁵ para el libro *Filosofía experimental: extracto de las doctrinas psicológicas de Herbert Spencer* de Ignacio Espinosa, es una muestra de que para hablar de algo como verdadero es importante encontrar respaldos y alianzas. Los elementos y las características de lo que se dice en un texto de corte científico, por ejemplo, nunca serán válidos si detrás de ellos no subyace un argumento, un respaldo, un apoyo que le ayude a detentar la autoridad y el saber¹⁶.

Sobre el prologuista se expresaba así Julio H Palacio:

“Preciosa era la contribución que los doctores Antonio Vargas Vega y Juan David Herrera —el segundo recientemente fallecido— preparaban la mente del universitario para la exacta y clara comprensión del sistema filosófico de Spencer (...) Hombres de ciencia los doctores Vargas Vega y Herrera, fisiólogos eminentes y experimentados por su práctica profesional (...) estudiaban la vida y sus funciones orgánicas fría, escuetamente, sin deducir conclusiones que se apartaran de la ciencia experimental. En sus lecciones de psicología, que no fueron muchas ciertamente, se perfilaba el doctor Herrera como un neurólogo a la orden del día. Conocía a fondo y las explicaba luminosamente, todas las investigaciones de Claude Bernard”¹⁷.

El prólogo en primera instancia se refiere a la crisis de la filosofía que,

12 “En los escritos de Spencer encontramos un énfasis en el progreso universal como una evolución continua y lineal uniendo los mundos orgánicos e inorgánicos. El mismo utilizó el término evolución con preferencia a progreso, aún antes de la publicación del (*sic*) *Origen de las especies*, y la teoría de Darwin le sirvió simplemente para dar sustancia a su visión evolutiva general caracterizada por el tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo y de lo simple a lo complejo”. Citado en: Glick, Thomas. *Darwin y el darwinismo en el Uruguay y en América Latina*, Montevideo, Universidad de la República, 1988.

13 El discurso de Enrique Cortés en: ANALUN, 1872. 6 (48), pág. 576. Cortés proponía atención a los últimos preceptos de la ciencia: “tendiendo la vista al majestuoso viaje que desde su origen ha seguido el progreso humano, encontramos ciertos caracteres aparentes i distintos, que la universidad deberá mantener en brillante perspectiva, a los ojos de los que en la república persiguen como mina el cultivo de la inteligencia”.

14 ANALUN, 1872, 6 (48), pág. 577.

15 Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Cesó/Uniandes/ICANH/Alfaomega, 2001, pág. 347.

16 Véase: Shapin, Steven. “Pump and circumstances. Robert Boyle’s literary theory”, en: *Social Studies of Science*, vol. 14, 1984, págs. 481-520.

17 Palacio, Julio H. *Historia de mi vida*, Bogotá, Incunables, 1984, pág. 23.

